

El País, 16 de Diciembre de 1986.

FLAMENCO

Pelear el cante

Recital de José Menese y Enrique de Melchor

Madrid, Organización Nacional de Ciegos, 10 de diciembre.

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO
Los buenos *cantaos*, como los buenos aficionados, saben que es necesario *pelear* el cante si se quieren agotar las capacidades expresivas de un arte que es fundamentalmente comunicación. José Menese se volcó en esa *pelea* para salvar un recital que se le escapaba de las ma-

nos, y ciertamente no por su culpa.

Es la grandeza de este *cantaor* que ante la adversidad se crece y se hace un auténtico gigante. Ocurrió en la segunda parte, que abrió por tientos, un género por el que suele transitar cómodamente.

Después cantó por *soleá* y Menese dio la medida del gran *cantaor* que es, uno de los más convincentes de nuestro tiempo. Soleares, *siguiriyas* y *tonás* fueron el vehículo para darnos un cante hermoso y difícil, a ve-

ces terrible, siempre *jondo*, verdadero, admirable.

Para llegar a eso Menese hubo de sufrir una primera parte en que todo pareció concitarse contra una posible calidad artística. En el primer cante su voz atronaba; en el segundo desapareció la amplificación de sonido; en el tercero y en el cuarto cantó con los técnicos de sonido brujuleando a su alrededor. Así, claro, no hay quien cante ni las cuarenta teniendo todos los triunfos en la mano, y el *cantaor* tomó el buen

acuerdo de adelantar el descanso para que resolvieran de una vez los problemas.

El toque de Enrique de Melchor sufrió avatares semejantes a los del cante de Menese. En la primera parte hizo lo que pudo, que no fue mucho.

En la segunda, que abrió en concierto con dos excelentes composiciones suyas, acompañó a Menese con la perfección en él habitual, y en algunos momentos —las *siguiriyas*, por ejemplo— obtuvo sonidos de una rara belleza.